

## **LA HUERTA DE MURCIA UN PAISAJE CULTURAL VIVO.**

Entendido el término paisaje, por una parte como resultado de la interacción de las personas con el territorio que habitan y por otra como la percepción del resultado de esta relación, podemos empezar, casi concluyendo que el paisaje de la Huerta de Murcia a lo largo de su historia, ha sido consecuencia de las diversas formas de vida que lo han poblado, donde la tierra fértil, el agua y el clima han sido su soporte estructural.

Desde esta idea inicial podemos analizar los cambios y alteraciones sufridos en ese paisaje, de acuerdo a las distintas culturas que lo han habitado en un continuo devenir de transformaciones, en función de la relación de sus habitantes con el medio.

Así el territorio del valle desde un estado inicial como paraje natural conformado por las elevaciones que lo delimitan, las sierras de Carrascoy y sus prolongaciones, cerrando el valle por el sur y la alineación norte que parte del llamado reborde interior de la depresión prelitoral, formada por alturas más modestas, prolongándose hasta la Vega Baja, camino de su desembocadura. Más la confluencia de las aguas del río Segura, Staber (de los griegos), Thader (de los romanos) o al-Nahr al-Abyad (Río Blanco, de los árabes), con el río Guadalentín o Sangonera, que circulando por un cauce encajado llega hasta el valle, donde formaba múltiples cauces temporales, más las ramblas de las elevaciones norte y sur, que desembocando en los márgenes laterales del valle, no llegan a verter directamente sus aguas al río, conforman la configuración original del valle.

Pronto fue ocupado por sociedades agrarias con asentamientos en las laderas más elevadas del valle, culturas argárica, íbera, romana, visigoda y bizantina, un paisaje que se mantiene hasta la llegada en el año 713 de los nuevos pobladores musulmanes, realizando la primera transformación importante del valle con la creación de una red de riego formada por acequias y azarbes que permite la irrigación y drenaje, continuo y estable valle, creciendo esta red al tiempo que crece la primera gran ciudad que se funda en el 825, Mursiya.

El siguiente cambio importante correspondería a la llegada de los nuevos conquistadores castellanos y aragoneses a mitad del siglo XIII, con una nueva transformación lenta y permanente durante siglos, que abarca desde una desolación inicial a una recuperación absoluta a partir del cultivo de la morera y la cría del gusano de seda, que vuelve a situar a la huerta de Murcia en un espacio socioeconómico privilegiado, como una forma de vida totalmente adaptada al medio en un territorio prácticamente autosuficiente, durando esta situación hasta mediados del siglo XX.

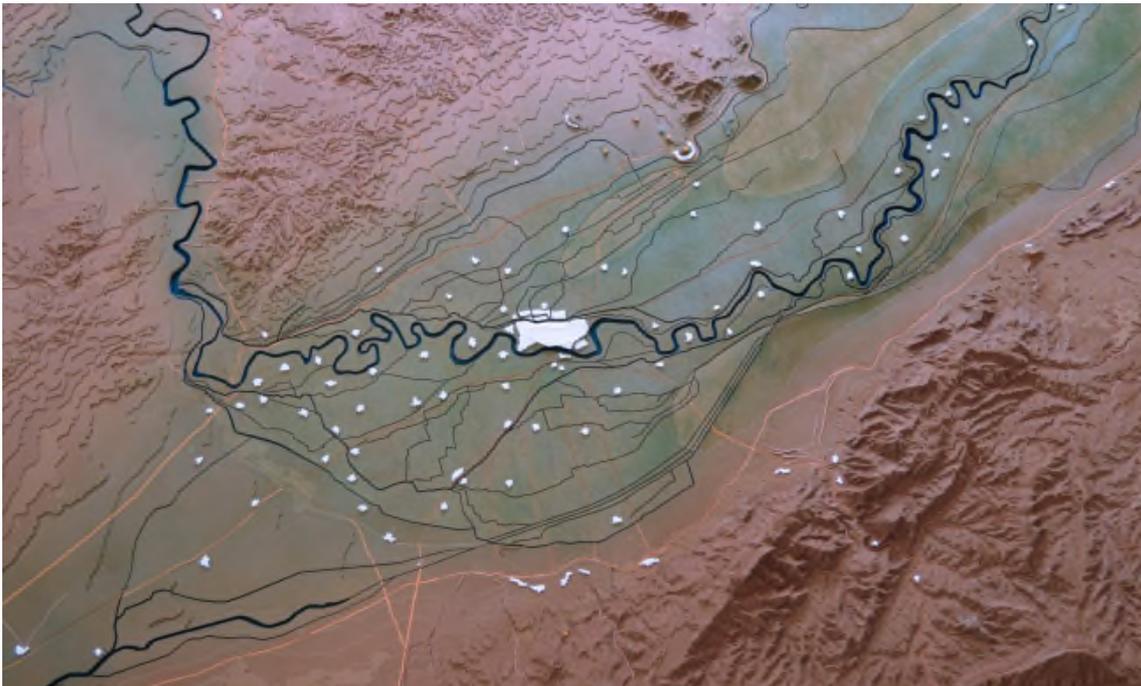
A partir de los años 60 del pasado siglo, coincide la revolución verde y la transformación de la agricultura tradicional en la gran industria agraria, con la llegada del transvase Tajo-Segura a las regiones del sureste. Ya algún huertano con visión preclara vaticinó en aquella época que eso iba a suponer el final de la Huerta de Murcia. En efecto, sino del todo, si en gran medida esa predicción fue real, aunque se conserve una parte importante del territorio agrario, su funcionalidad productiva si se encuentra absolutamente mermada, siendo casi anecdóticos los espacios productivos resilientes que permanecen.

Por último el entendimiento social de la huerta frente a esta hecatombe agraria y lenta desaparición de este paisaje agro-cultural, tampoco ha sido el más favorable para su

conservación, al percibirlo como un espacio residual, reserva para el crecimiento urbano. Es decir por una parte el urbanismo y una inexistente ordenación territorial, se han encargado de sustituir los valores ecosistémicos de este territorio por un perverso y destructivo valor inmobiliario, no ya al desprotegerlo como espacio agrario, sino al potenciar su desaparición con una mayoritaria clasificación como suelo potencialmente urbanizable

Ante esta visión absolutamente pesimista para el futuro de la huerta, las soluciones han de venir de una demanda social para la protección del espacio agrario y del riguroso conocimiento aportado por instituciones que hagan comprensible a las correspondientes administraciones la necesidad de conservación de este territorio de alto valor agrológico.

Como conclusión, si como comentábamos al principio, el paisaje se ha conformado por unas formas de vida asociadas a un territorio, con un pacto de mutuo de entendimiento y cuidado, será necesario encontrar formas de vida que den continuidad a esta relación, manteniendo un ecosistema que aproveche los recursos de la huerta, a partir de los nuevos términos al uso, que son los de siempre, agroecología, soberanía alimentaria, comercio de cercanía, infraestructuras verdes, potenciar la biodiversidad y sobre todo una eficiente protección para los suelos de alto valor agrario, que ya está en marcha.



Maqueta del Valle del Segura en el siglo XIII. Museo de la Ciudad. Murcia. Arquitectura de Barrio. Coral Marín y Enrique de Andrés

Murcia a 23 de enero de 2019  
Enrique de Andrés  
Arquitectura de Barrio  
adb@arquitecturadebarrio.com